

en Grünberg, y eligieron una comisión permanente, encargada de perseguir la obra constitucional. Lo mismo se hizo á poco para Starkenburg, reuniéndose ciento sesenta delegados de todas las baillías, en Zwingenberg,—14 de Febrero de 1819,—dando á su comité dos defensores legistas en las personas de los abogados y diputados H. C. Hoffmann y W. Sthal. Esos delegados presentaron sus peticiones y quejas al Gran duque, quien, no queriendo que se dijera que cedía á la presión y á la amenaza, ofreció promulgar una Constitución preable en el mes de Mayo del año siguiente, esto es de 1820, de modo que se reservaba el placer pueril de resistir, durante un año, los clamores de su pueblo. Este no tenía ya paciencia para esperar más, y principiaron las agitaciones que hicieron necesario el envío de tropas, pero el duque acosado por su conciencia de hombre honrado, hizo que los tumultuarios presos recobraran su libertad sin daño alguno, y en Marzo de 1820, promulgó la Constitución cuyo proyecto le habían entretenido las oficinas, pues se trabajó en ellas con ardor para presentarlo ultimado en todas sus partes y detalles, y también de modo que la administración quedara libre de la fiscalización y crítica de los diputados.

Continuaban las cosas en el Wurtemberg bajo el mismo pié creado por la fatal ceguera de los Estados. El rey, conforme lo había anunciado, mandaba con arreglo á la Constitución que había presentado á los Estados y que éstos no quisieron aceptar ni rechazar como hemos visto de una manera franca. La actividad legislativa del rey de Wurtemberg, no hizo más que caer tan pronto hubo disuelto la Dieta wurtemberguesa,—7 de Junio de 1817,—leyes nuevas vinieron á corregir viejos abusos, pero como eran la obra de Wangenheim, no encontraban la acogida á que eran acreedoras en parte alguna.

Wangenheim continuó en el gobierno hasta ver claro que el rey se acomodaba perfectamente con el régimen que había contribuido á crear la disuelta Dieta, lo que Wangenheim censuraba porque mantenía el país en una interinidad que perjudicaba al crédito del país y á su comprometida hacienda: viendo, pues, el ascendiente que tomaba el ministro de Hacienda, Malchus, que antes lo había sido de Westphalia, y que gustaban los procedimientos burocráticos de éste para hacer dinero, y que, como hemos dicho, no se quería normalizar la situación política, Wangenheim se retiró rehusando la cartera de gobernación que se le ofreció, siendo entonces nombrado plenipotenciario del Wurtemberg en la Dieta germánica, en donde pudo dar expansión á

sus ideas liberales, pues el rey de Wurtemberg era tan liberal en el exterior como burocrático en el interior.

Malchus fué despedido en Diciembre de 1818, cuando se vió que sus panaceas no servían para calmar el hambre del país á causa de las malas cosechas y de la gran depreciación de los fondos públicos, como si Malchus pudiera hacer frente á las grandes calamidades de esos años en Alemania; pero su retirada no sirvió para aliviar la situación, las cosas continuaron como antes, y durante veinticinco años el Wurtemberg tuvo que pasar sin Constitución y entregado á una administración que por fortuna fué muy celosa para el bien público, teniendo que hacer el bien contra el querer de los mismos pueblos que en su ciego espíritu de resistencia continuaron rechazando todas las reformas ministeriales ó reales, incluso las de Hacienda que fueron su salvación.

Las grandes potencias que se habían constituido en tutoras de Alemania, Rusia y Austria, veían en todo lo que pasaba en la Alemania meridional un plan preconcebido por un partido revolucionario que no existía en parte alguna. Les tardaba el momento de poder intervenir para pacificar el país en el sentido que Metternich daba á la palabra pacificación; pero por más que aguzaba su ingenio el diplomático austriaco no encontraba por dónde introducirse en los negocios particulares de los Estados alemanes, y de seguro que hubiera tardado mucho tiempo en dar con él si una mano criminal no le hubiese abierto el camino.

Cuando las misteriosas conferencias de Aquisgran que convirtieron á Hardenberg á la causa del quietismo político, un joven ruso, llamado Stourdza, publicó un folleto en el que denunciaba, como próxima en Alemania, una gran revolución que conjuraba con exaltados sentimientos religiosos: en este escrito el estudiante ruso se dejó llevar de su pasión fanática y anatematizó á los estudiantes alemanes que le enviaron sus padrinos, los condes de Bochholz, y Keller fueron los que pidieron explicaciones á Stourdza que se defendió diciendo que había escrito por orden del tsar, valiéndole la declaración una silba unánime de los estudiantes de Jena que le llamaron «máquina de pensar, escribir y obrar.» La agitación producida por este insulto inferido á la juventud alemana, inquieta en todas partes al ver como se burlaban sus esperanzas, hizo que la atención se fijase en los dichos y hechos de Kotzebue, de quien pronto se adquirieron pruebas de que era el corresponsal del emperador Alejandro y su buzón.

Sus ataques contra profesores tan queridos como Luden y Ocken exasperaron á los estudiantes, y como Kotzebue elogió y patrocinó el escrito de Stourdza fustigando las pretensiones de los estudiantes alemanes, en lo que no le faltaba razón, ya de más no se necesitó para ver en Kotzebue un traidor á la patria. Esta exaltación de la juventud es siempre peligrosa, pues en desequilibrio sus facultades si llega á encariñarse con una idea, es difícil arrancársela. Así sucedió con el estudiante Sand, á quien nadie juzgaba capaz de armar su mano con el puñal asesino, por ser muy morigerado, muy templado y muy débil de carácter, aún cuando dominado de una grande ambición que no estaba en modo alguno en consonancia con sus medios. A Sand, pues, se le ocurrió que se llegaba á la inmortalidad tan suspirada por su alma, quitando de en medio el traidor Kotzebue, y sin decirlo á nadie resolvió matar al que él llamaba envenenador de las almas, acuchillándole, en efecto, en Mannheim el día 23 de Marzo de 1819. Sand expió su crimen, con la resolución y la mansedumbre de un mártir, el 20 de Mayo de 1820, siendo la admiración de todos sus enemigos á quienes llegó á inspirar verdadera compasión.

«Consideración alguna moral ó jurídica podra jamás excusar un crimen tan sangriento y al mismo tiempo tan insensato. Pero en aquel tiempo un gran número de alemanes, jóvenes y viejos, celebraron ese asesinato como un gran acto político. Los jóvenes confesaban que Sand no había hecho más que dar expresión «á lo que vivía en un número infinito de corazones,» que había formado parte de una asociación pública, en cuya tenía más cómplices de lo que la gente creía; así la tradición ha señalado á dos hombres como confidentes de ese asesinato que á menudo se representa como la obra personal, secreta y exclusiva de Sand. En una conversación que tuvo Iahn después del asesinato, recomendaba la lectura de lo que dice Juan de Muller sobre Guillermo Tell y sobre Cicerón y la muerte de César. De una carta de pésame que dirigió á la desgraciada madre de Sand, de Wette decía que de ella se desprendía la aprobación del asesinato, pues la estimaba como un hermoso signo de los tiempos, caracterizando Goerres perfectamente la opinión pública de Alemania diciendo que se desaprobaba el acto, á la vez que se aprobaban los motivos.»

¿Cómo se explica esta perversión del buen sentido público alemán?

Gervinius cree que el juicio poco severo que se formaba sobre la conducta de Sand «descansaba

esencialmente en la satisfacción que se experimentaba al ver que ese golpe inesperado, esta terrible advertencia, había puesto al desnudo la vergonzosa situación de la patria y la ignominia con que los gobiernos alemanes se apoyaban, de una manera tan anti-constitucional, en el poder é influencia de los extranjeros.

El crimen de Sand transformó las violentas antipatías nacionales de la juventud; la salvó de sus simpatías por Rusia, simpatías que, desde la alianza de los tiempos de la guerra de la Independencia, habían durado hasta entonces y la llevó á una reconciliación con Francia, hasta entonces tan despreciada, lo mismo que con las ideas políticas de ese país. Cuando después de las medidas de represión tomadas por los soberanos protectores ó tutores voluntarios de Alemania, se paralizó toda vida política, «y las columnas de los diarios se llenaron de extractos de las sesiones de las Cámaras inglesas y francesas, esas disposiciones conciliadoras se fortificaron más y más. En este momento ya no faltaba sino que aparecieran un Heine y un Boerne para dar para siempre otra dirección á las ideas literarias y políticas de la juventud y para extirpar, con sus raíces, á la vez, el teutonismo y el romanticismo.»

Siguió al crimen de Sand el del boticario Soehning.—1.º de Julio de 1819,—que quiso asesinar, en Schwalbach, al presidente del gobierno, von Ibell, «ese antiguo instrumento de la burocracia napoleónica en el ducado de Nassau;» suicidándose luego de haber intentado su crimen, que por fortuna no tuvo el resultado del crimen de Sand. Esta repetición produjo efectos desastrosos. En Prusia se había sentido la necesidad de emprender la obra de la reforma constitucional y se había reemplazado á Hardenberg con G. Humboldt que iba directamente á ella, aún cuando no con aquellos propósitos que hubieran asegurado la vida de la Constitución á causa del fervor popular, pues no admitía ni aún la publicidad de las sesiones de las Cámaras, como no fuera ésta muy restringida, pero para los constitucionales de la época, una mala Constitución valía más que no tener ninguna, y la Constitución de Humboldt era esperada con ansia, máxime cuando venía de un hombre justamente popular, del fundador de la Universidad de Berlín, de uno de los sabios más respetados de Europa entera. El crimen de Sand primero y el crimen de Soehning después, paralizaron su obra. El partido reaccionario se apoderó del poder, y en Prusia principió la persecución



de los demagogos, pero como por este camino no se iba á ninguna parte, se buscó á los fautores del asesinato nada menos que en las filas de los amigos de Hardenberg, cuanto más íntimos mejor, dándose el escandaloso ejemplo de ver á la policía echando mano lo mismo á los amigos más decididos del ex-canciller, Dorov, Varnhagen y Gruner, que ordenar el secuestro de los papeles de los hermanos Welcker y los de Arndt, que estaba en Bonn; á la vez que se mandaba á Iahn á Spandau y Küstriu, y se ordenaba que se presentaran en Berlín, Follen de El-

bersfeld y Mühlenfels de Colonia; Goerres escapó al arresto porque apeló á la fuga, recordando que este es siempre el mejor consejo que puede darse á todo el que vea amenazada su libertad, que es más fácil probar la inocencia estando en libertad que no encerrado en una cárcel. Eichorn exhortó á Tschoppe, el instrumento de todas esas persecuciones, á que no se emplease en tan bajas obras, valiéndole esto, al célebre catedrático, el ser denunciado y encarcelado. Espiábanse las cartas de Gneisenau, quien, «en vez de mostrar atrevido su frente de capitán,



P. L. COURIER

omo había esperado Arndt, desde el crimen cometido por Sand, ni veía á Schleiermacher, ni saludaba á Arndt. Por fortuna la llegada de Humboldt vino á poner fin á estas persecuciones, y no sólo consiguió esto el nuevo ministro sino que llegó á convencer al rey de Prusia de la necesidad de pacificar al país por medio de concesiones, y como el rey entrara en este modo de ver, se nombró una Comisión constitucional á la que se mandaron los proyectos constitucionales de Hardenberg y Humboldt. En esta hermosa tarea estaban empeñados los dos hombres de Estado cuando se interpusieron entre ellos y el rey de Prusia las resoluciones de Karlsbad.

Prusia había entrado en las miras de Austria en vista de la agitación de Alemania, y el emperador Francisco, al tener noticia del asesinato de Sand, se apresuró á pedir una conferencia de los ministros

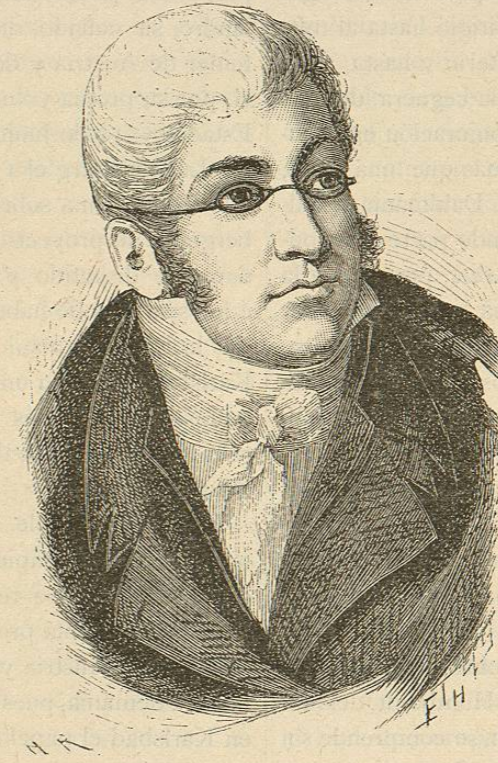
de los varios Estados alemanes en Karlsbad. Hardenberg, que aún por ese tiempo ejercía el poder y marchaba de acuerdo con Wittgenstein, celebraron con Metternich una entrevista en Toeplitz y quedó determinado el congreso de ministros de Karlsbad, enviando inmediatamente las dos grandes potencias las invitaciones á los Estados secundarios, eligiéndose, como punto de reunión, el territorio austriaco porque se recelaba de la actitud de la Dieta germánica.

Comprendía el programa de Metternich las medidas que se habían de tomar sobre la prensa, las universidades, las escuelas y la demagogia, dejando para ulteriores deliberaciones la interpretación que debía darse al artículo 13 de la Acta federal y otras medidas que se habían incluido en el programa de los que se reunieron en Karlsbad en Agosto de

1819, evidentemente con la intención de ocultar su celo reaccionario.

Metternich fué el alma de las resoluciones de Karlsbad, que se tomaron de la manera más secreta que puede imaginarse, tanto que en el mismo momento de ir á hacerse públicas, nadie había podido traslucir qué es lo que contenían los protocolos de Karlsbad que iba á conocer ahora la Dieta germánica. Lo que allí se había resuelto era que «las universidades, los profesores lo mismo que los estu-

diantes, estarían colocados bajo la vigilancia de un jefe superior nombrado por el gobierno, funcionario que debía ser como una especie de acusador público, según la orden del gabinete prusiano encargado de la ejecución de tal medida, una especie de contralor de los castigos y el censor de la moral y de la doctrina. El profesor que turbase la tranquilidad y el orden público debía ser despedido de su cátedra, sin que otro Estado pudiera tomarlo á su servicio; ningún estudiante despedido de una universi-



LE ROMIGUIERE

dad, podía ser recibido en otra; ningún miembro de sociedad secreta alguna podía ser admitido á ejercer funciones públicas. Todos los escritos y libros que tuvieran menos de veinte hojas quedaban sometidas á la censura por espacio de cinco años, plazo que luego se prolongó de una manera indefinida. Establecióse en Maguncia una autoridad central encargada de una información respecto de los manejos demagógicos, autorizada para prender á quien quiera que fuese en todos los Estados de la Confederación germánica y con facultades para mandar comparecer delante del tribunal á todas las personas detenidas.»

«La publicación de esas resoluciones produjo una impresión que nada puede describir. A causa de actos criminales de jóvenes exaltados, se arrojaba sobre toda Alemania un interdicto político que se

representaba como el único medio de salvación que pudiera protegerla «de los terrores de una escisión interior, de la anarquía de lo arbitrario y de la incurable perturbación de todos los derechos y de toda prosperidad;» y esto en un país en donde la masa del pueblo vivía aún verdaderamente en estado de inocencia y de apatía políticas. Fué entonces cuando se cogieron para ese pueblo los frutos del árbol del conocimiento del bien y del mal. Después de haberle acostumbrado, durante los años de la guerra de la Independencia, á tratamientos humanos, á una bondadosa confianza y hasta á un lenguaje cariñoso, ahora se le hablaba rudamente y se le trataba á él y á la libertad con el mismo desprecio. La consecuencia de esto fué que, en las bajas clases de la sociedad y entre los jóvenes agitados, se despertó la desconfianza y se explicaron tales me-